

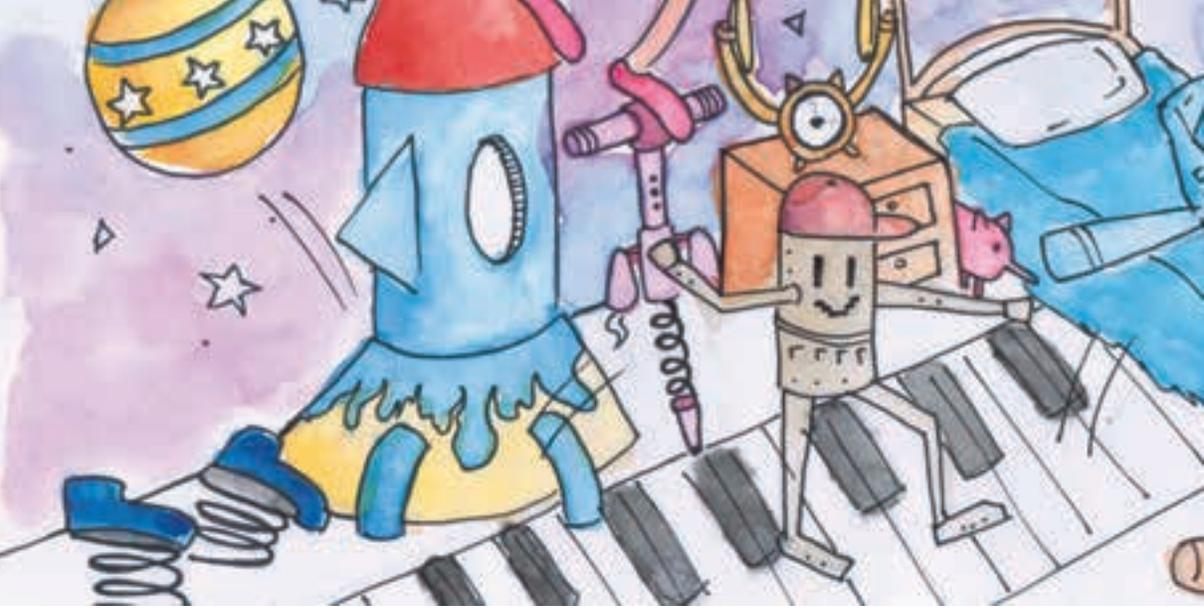
Enrique el dibujante



Yasmin Sosa Recinos

Ilustraciones de Oruga Verde


loqueleo
SANTILLANA



Uno de mis primeros dibujos salió corriendo a toda velocidad. Es cierto. Lo que quiero decir es que mi dibujo se escapó del papel y causó destrozos por todos lados.

Yo estaba asustado, muy asustado. Pegué un brinco cuando el dibujo salió corriendo. Pensé que esas cosas solo pasaban en las películas o en los cuentos, pero me sucedió de verdad.

Todo comenzó cuando era pequeño. Quizás tendría unos seis años. Mi mamá era una pintora muy conocida en toda la ciudad. Solía pintar paisajes cálidos, como atardeceres o caminos entre árboles, esas pinturas que cuando las ves te dan ga-

nas de estar allí o ver adónde te llevará el camino. También pintaba girasoles. Y es que a ella le gustaban mucho las obras de Vincent van Gogh. De hecho, en la sala había una litografía de *La noche estrellada*; y en el pasillo, una de *El dormitorio en Arlés*. Por si no las conocen, son obras con mucho color. La primera está llena de tonos azules y destellos blancos y amarillos, y la segunda es la descripción de la habitación del pintor, una obra simple pero maravillosa. Ambas me gustan mucho.

Pero, siguiendo con mi mamá, no había casa en la que no hubiera una pintura de ella. A mí también me gustaba pintar. Y quería ser tan bueno como ella. El problema era que yo, al estar en la edad de las travesuras, pintaba en cualquier lado: en el piso, en los manteles, en los muebles. Hasta el pobre perro terminó muchas veces con manchas de acuarela. Un día me tocó bañar a Pulgas para que quedara blanquito otra vez.

También dibujaba en las paredes. Cuando coloreé la pared de la sala, mamá casi se desmaya del susto. Vi que se molestó un poco y pensé que lavaría la pared, pero no lo hizo. En lugar de eso, tomó un par de óleos y les diseñó un marco alrededor. «Es tu primera obra», me dijo. Ella amaba la pintura, y yo también la amaba porque era lo que a ella más le gustaba.

Para que dejara de hacer mis travesuras, mamá me compraba bloques grandes con hojas en blanco en las que yo pudiera garabatear todo lo que quisiera. También me compraba lápices de colores, acuarelas y marcadores. Yo no pintaba tan bonito como ella, pero eso a ella no le importaba. Para mamá, todos mis dibujos eran obras de arte.

Pero yo heredé algo más que la habilidad de pintar.

Fue una tarde de lluvia cuando todo comenzó. Mamá había salido para ir a dar una clase



y me dejó al cuidado de Tuti, la niñera. Tuti era nuestra vecina. Era una chica alta y delgada. Le gustaba hacer deporte, jugaba al basquetbol y lo hacía muy bien. También le encantaba salir a pasear, sobre todo a la playa. Le gustaban mucho los animales, y su sueño era convertirse en bióloga marina para recorrer el océano descubriendo nuevas especies. Era muy linda. Creo que me llevaba unos diez años. Se portaba muy amable conmigo y me dejaba hacer lo que quisiera, siempre y cuando no la metiera en problemas. Creo que no le gustaba mucho cuidar niños, pero lo hacía para ganar un poco de dinero y darse uno que otro gusto.

—¿Qué quieres hacer? —me preguntó.

—No sé. Estoy aburrido.

—Me han dicho que eres buen dibujante.

¿Por qué no dibujas algo para mí?

—¿Algo como qué?

—No sé, algo como para ir a la playa... ¡Ya sé! Dibújame unas gafas de sol.

—¿Unas gafas de sol?

—Sí, unas bonitas gafas de sol.

—Bueno.

De mala gana me levanté, fui por mis lápices de colores y una hoja de papel y comencé a dibujar. Diseñé unas gafas grandes y redondas, que parecían de hombre mosca. Las pinté de colores vivos y brillantes. Terminaron siendo unas gafas *retro*, pero



se miraban muy divertidas. En eso llegó mamá. Saludó a Tuti y le agradeció por haberme cuidado.

—Me llevo mis gafas —dijo Tuti—. Las voy a recortar y la próxima vez que venga me las pondré para que me digas cómo me veo.

—Está bien —le respondí.

Esta chica era un poco loca.

Al otro día, Tuti llegó corriendo a mi casa. Estaba entre emocionada y asustada y brincaba por todos lados.

—¡Eh! ¿Cómo le hiciste? —me preguntó.

—¿Cómo hice qué?

—Lo de las gafas de sol. Mira.

Me enseñó lo que llevaba en las manos. Eran unas gafas de verdad, igualitas a las que había dibujado.

—Se parecen a las que te dibujé. ¿Dónde las conseguiste?

—No se parecen. ¡Son las que dibujaste!

Está bien. Yo era un inocente niño de seis años, pero no era tonto.

—No pueden ser las que dibujé. Estas son de verdad —le dije.

—Sí, sí son. Resulta que recorté las gafas y las puse en mi mesita de noche para no perderlas. Hoy en la mañana, cuando me levanté, las gafas estaban allí.

—Me estás tomando el pelo.

Pero era cierto. Las gafas eran exactamente iguales a las que había dibujado. Sin embargo, que mi dibujo se hubiera convertido en unas gafas de verdad era algo muy loco. Yo solo me reí.

—Muy bien. Te voy a seguir el juego. No sé cómo le hiciste para conseguir unas iguales, pero está bien. Te creo.

Noté que Tuti puso cara de pocos amigos. «No soy una mentirosa», me dijo.

—Se me ocurre algo —dijo después—. Haz otro dibujo y veamos qué pasa.

—Está bien. Pero será hasta el sábado. Con el cole y las tareas voy a estar ocupado toda la semana.

El sábado, Tuti se encargó de cuidarme. De nuevo estaba lloviendo, era invierno, y no podía salir a jugar, así que encendí el televisor. Estaba sintonizado un canal de deportes, en el cual transmitían una carrera de autos. Me gustaba ver esas carreras porque siempre quise tener un auto de control remoto. Fue entonces cuando Tuti me dijo: «Dibuja uno de esos autos que te gustan tanto».

—¿Acaso crees que el auto saldrá corriendo del papel?

—Bueno, no lo sabremos hasta que lo hagas.

Me estaba exasperando un poco, pero la complací. Tomé lápiz y papel y comencé a di-

bujar. Empecé con la parte delantera del auto, a la cual le di una forma curva y alargada para que fuera aerodinámica. Luego le dibujé un número uno grande en el frente. Continué con el vidrio, al cual le añadí unas franjas celestes para que pareciera que brillaba. Seguí con la parte de atrás, donde le puse una larga cola de tiburón. Después, al trazar las llantas, sentí algo extraño. Parecía que el dibujo temblaba. Tuti estaba junto a mí.

—Deja de mover la mesa —le pedí.

—Yo no estoy haciendo nada —me respondió.

Seguí dibujando. Cuando tracé la primera llanta, el dibujo comenzó a temblar y a lo lejos oí como si acelerara. «Ah, es mi imaginación. Tuti tiene la culpa de que imagine cosas», pensé.

Sin darme cuenta, mis manos estaban sudando. Continué con la siguiente llanta. Comencé

haciendo lentamente un círculo: tracé un punto, desplazé despacio el lápiz haciendo una línea curva y la cerré. Dejé el dibujo sobre la mesa.

No pasó nada.

—¡Ay, no es cierto! ¿Qué pasó? —preguntó Tuti, entre extrañada y decepcionada.

—Te dije que no pasaría nada. ¿Por qué no te rindes y me dices que te inventaste lo de las gafas de sol?

—Que yo no...

Tuti se quedó callada un momento y luego preguntó: «¿Oyes eso?».

Hicimos silencio un rato. A lo lejos se escuchaba un suave ronroneo. Luego me di cuenta de que era el ruido de un motor calentándose. El sonido provenía del dibujo.

—El auto hace ruido —dijo Tuti, y se quedó pensando un momento—. ¡Recorta el dibujo!

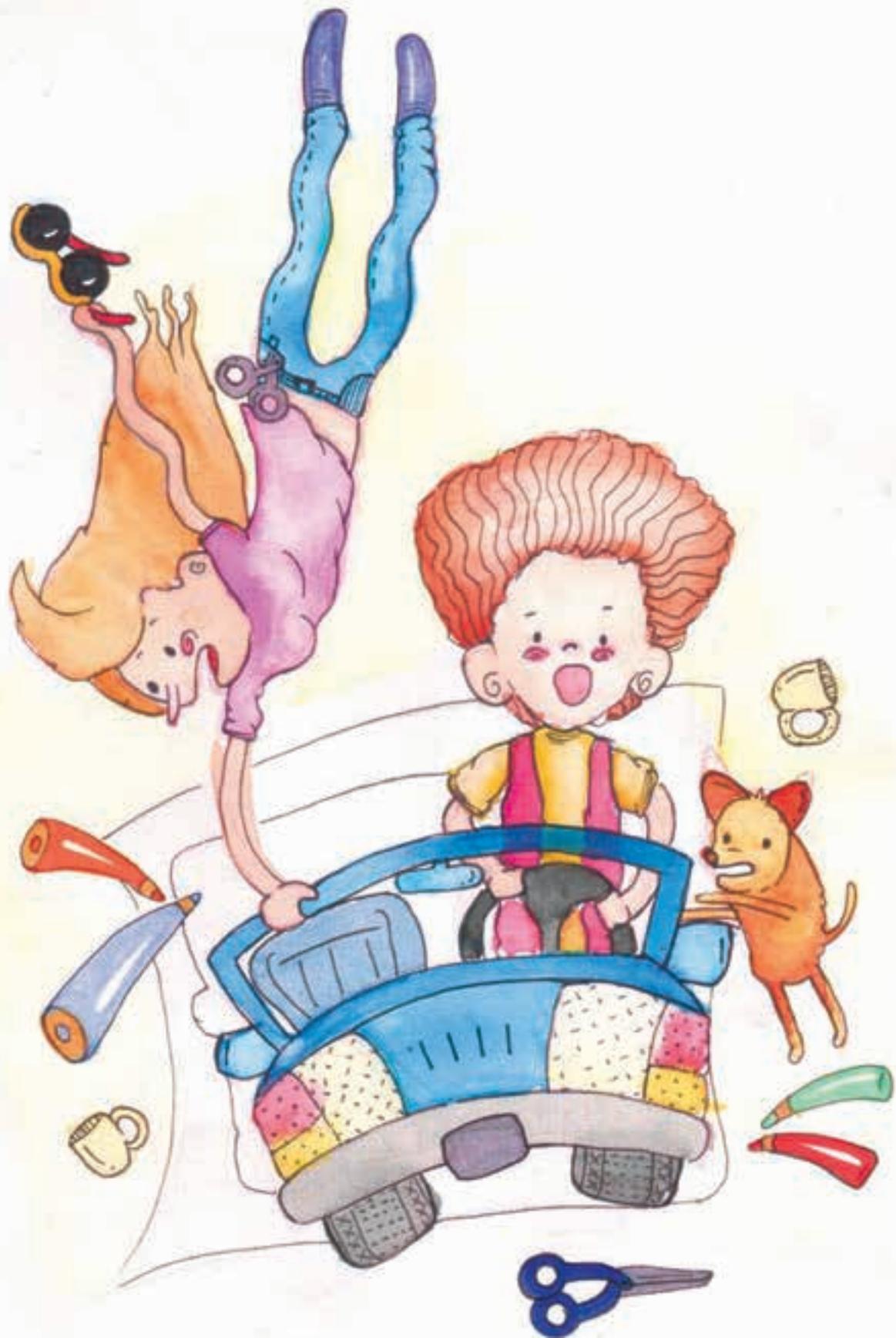
—¿Qué?

—¡Que lo recortes! ¡Eso es lo que falta, que lo recortes!

Me emocioné al pensar que lo que decía Tuti quizá podía ser cierto. Si las gafas se volvieron reales después de haberlas recortado, ¿qué pasaría si repetíamos la operación con el auto? Tomé unas tijeras y comencé a recortar. Las manos me temblaban. Pasé las tijeras despacio, siguiendo el contorno de las líneas. Ya nada más me faltaba un poco. Cuando corté el último pedazo, el dibujo cayó al suelo y, de repente, ¡plam! ¡El dibujo salió disparado! El auto de carreras ya no era de papel, sino de plástico. ¡Era un auto de juguete!

—¡Detenlo! —le grité a Tuti.

El auto giraba como loco. Daba vueltas por todos lados, chocaba en las paredes, regresaba y continuaba su estrepitosa carrera. Se metió debajo de la mesa del comedor. Mi perro Pulgas



se unió a la persecución. No podíamos detenerlo. Luego se dirigió a la sala. Fue directo a chocar contra la pata de la mesita, lo que hizo que un florero cayera al suelo (vaya desastre, luego tuve que pensar en una excusa para explicarle a mamá). Sin duda era un auto de carreras muy rápido.

En una de tantas encontró una puerta abierta y terminó en el jardín, donde Pulgas, de un salto, logró atraparlo.

—¡Bien hecho, Pulgas! —dijimos.

Tuti y yo nos echamos a reír. No creíamos lo que había pasado. Fue en ese instante cuando me di cuenta de que tenía un don. Pero no quería que nadie lo supiera, así que le pedí a Tuti que guardara el secreto. Ella aceptó.

Lo que dibujaba se hacía real.

Tenía que contarle a mamá. Le di la sorpresa el día de su cumpleaños.